

Fernández, Víctor Manuel

Una experiencia de comunión

Ciudad Nueva, N° 480, Agosto 2007

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNÁNDEZ, Víctor Manuel. *Una experiencia de comunión* [en línea]. *Ciudad Nueva*, 480 (agosto 2007).
<http://www.ciudadnueva.org.ar/revista/480/actualidad/una-experiencia-de-comunion>. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/una-experiencia-comunion-victor-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Una experiencia de comunión

Por:

Víctor Manuel Fernández

Apuntes de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe realizada en el santuario de la Virgen de Aparecida (Brasil). Un acontecimiento comunitario suscitado por el Espíritu.

Claves:

- 1.El documento final surgió de la confrontación y el amplio debate de temas e intereses de los participantes.
- 2.Su realización en el Santuario de Aparecida permitió un estrecho contacto con la fe popular mariana.
- 3.Los participantes trabajaron en un intenso clima de comunión.

Documento final

- Exhorta a que la opción por los pobres se convierta en presencia real y efectiva.
- Estimula el compromiso de los laicos en la vida pública.
- Dedica más espacio a la espiritualidad y la formación misionera.

Sabemos que las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe se “celebran”. Esto significa que no son meras reuniones que se realizan por obligación o por una actitud pragmática. Detrás de una celebración comunitaria hay un misterio de fe, hay una oferta de gracia que puede ser acogida o puede ser desaprovechada.

Escepticismo y temores previos

Si tenemos en cuenta que la posibilidad de celebrar esta Conferencia se estuvo discutiendo desde el año 2001, y que sólo pudo llevarse a cabo en 2007, podemos advertir que no era un hecho que se daba por descontado, o que debía producirse por inercia y costumbre. La decisión de Juan Pablo II de que América Latina mantuviera esta experiencia de comunión pastoral fue un sí a la identidad latinoamericana, a nuestra historia y a nuestras peculiaridades culturales y teológicas.

A pesar de ello, quienes habían participado de la IV Conferencia de Santo Domingo temían que se repitiera el clima de tensión y el mecanismo de control por parte de algunos miembros de la Curia vaticana que provocó malestar, con lo cual tampoco pudo llegarse al final de la

Conferencia con un texto verdaderamente consensuado. Estas dificultades en lo que habría sido el “acontecimiento” de Santo Domingo, provocaron también una escasa predisposición para la recepción del documento –que tiene sus valores– y dejó la sensación de que estas iniciativas no volverían a realizarse.

Aparecida cargaba con la pesada responsabilidad de no enterrar al agonizante y de revivirlo con una nueva esperanza. Pero debía hacerlo sin tener detrás un acontecimiento tan renovador como el Vaticano II –que influyó decisivamente en Medellín– o como el impulso evangelizador que trajo la encíclica *Evangelii Nuntiandi* –que tanto marcó el espíritu de Puebla–.

Un espíritu y un estilo

Los participantes esperábamos que el discurso inaugural de Benedicto XVI brindara un espíritu de apertura y de estímulo renovador y diera lugar a propuestas positivas, más que repetir las conocidas advertencias acerca de la degradación ética de nuestro mundo. Todos agradecemos el discurso del Papa porque su lenguaje fue marcadamente positivo e integrador. Por ejemplo, el solo hecho de que al hablar de la “vida en Cristo” se refiriera a las estructuras injustas, muestra una clara conexión entre la dimensión sobrenatural de la vida cristiana, la promoción humana y la lucha por la justicia. Además, partió de una bella valoración de la cultura latinoamericana y de la religiosidad propia de nuestros pueblos. Sus palabras suscitaban polémicas cuando dijo que la fe en nuestro continente no había sido impuesta. Pero, en realidad, simplemente quiso expresar que nuestros pueblos no creen en Cristo porque alguien los obligue, y que una fe aceptada sólo por imposición externa no podría perdurar ni penetrar las culturas como sucedió en América Latina. En un discurso posterior aclaró que esa convicción no implicaba negar los excesos y crueldades de la conquista. Para los que tenemos fe, poca o mucha, la fugaz presencia del Papa en Aparecida fue una verdadera bendición.

Pero lo que hizo de Aparecida un importante acontecimiento fue el modo en que allí se vivió y se trabajó, que permitió decir a los que habían participado de Santo Domingo que estábamos “a años luz” de aquella experiencia. Destacaría, entre otros aspectos, el espíritu de comunión fraterna, de alegría de estar juntos, de amabilidad, cercanía y buen ánimo. La metodología favoreció la participación, lo cual permitió que todos pudieran hacer propuestas e insistir en ellas. Los laicos, los evangélicos, los sacerdotes, todos podían decir lo que pensaban en las comisiones y discutirle libremente a un cardenal o a un miembro de la Curia vaticana. Igualmente, cualquiera podía pedir la palabra en la asamblea y se le concedían tres minutos para expresar sus preocupaciones.

Hubo un deseo generalizado de cuidar el lenguaje, teniendo en cuenta lo que los demás necesitaban escuchar, evitando presentar propuestas demasiado negativas, moralistas o muy abstractas. El acento puesto en la vida digna y feliz que Jesús ofrece –la palabra “vida” aparece más de 600 veces– otorga al documento un tono muy positivo.

No se partió de un texto base o documento de trabajo, porque se deseaba que el documento surgiera realmente de la confrontación de las diversas preocupaciones e intereses de los participantes. El material que se había preparado era sólo una síntesis de los aportes enviados desde los distintos países, que además estaba disponible para consultas, con lo cual se recogían también otras inquietudes. Tampoco se quiso entregar el texto final a un grupo de teólogos que lo mejoraran o le dieran más unidad, para evitar que se expresaran cosas que no habían surgido de los debates. Fue precioso el clima de oración comunitaria, con varios momentos de oración cada día.

El hecho de que la Conferencia se celebrara en un santuario –además de favorecer un ambiente de oración, de fe y de recogimiento– permitió a todos tomar un contacto permanente con la fe del pueblo, en especial con la multitud de pobres que cada fin de semana llegaba para visitar a la Virgen.

La reflexión, centrada en el discipulado comunitario y misionero, nos permitió volver a tomar conciencia de nuestra realidad de discípulos, que implica dejarse formar, escuchar a los demás, permitir que Jesús y los demás nos cambien los planes. Al mismo tiempo, nos ayudó a despertar el fervor misionero y a orientar las propuestas más directamente a las necesidades de la misión sin perdernos en detalles.

Propuestas y conclusiones

Si nos referimos al documento que resultó y que es parte de este acontecimiento, podemos decir que, lejos de echarle agua a las propuestas de Medellín y de Puebla, Aparecida las continúa, las completa y las profundiza con un lenguaje muy accesible, un tono positivo y una propuesta marcadamente misionera. Es valiente al proponer la transformación de todas las estructuras de la Iglesia para que sean realmente misioneras, e incluso invitando a eliminar las estructuras que ya no favorecen la misión. Pide que la opción preferencial por los pobres atraviese todas las áreas pastorales y que no se quede en ideas o sentimientos, sino que se convierta en cercanía real, en presencia efectiva entre los pobres. Estimula insistentemente el compromiso de los laicos en la vida pública. Rescata con fuerza las Comunidades eclesiales de base. Recupera el método “ver-iluminar-obrar”. Valora la piedad popular, pero a diferencia de Puebla no se detiene a enumerar sus posibles defectos –ya que cualquier experiencia cristiana tiene sus límites–. Al mismo tiempo, dedica mucho más espacio que las Conferencias anteriores a la espiritualidad y a la formación de los discípulos misioneros.

¿Y ahora...?

El documento final no es perfecto(1), porque no quiso ser el resultado de tres o cuatro manos expertas, sino la expresión de la vida y las inquietudes de cientos de personas involucradas. Más allá de los límites de su redacción y de sus contenidos, es una riquísima cantera de aportes valiosos que podremos explotar en nuestra vida y en nuestra tarea diaria. Y, sobre todo, es un

aporte estimulante, misionero, espiritual y social, que a todos nos viene muy bien en estos tiempos de apatía, desconcierto y privatización existencial. La propuesta de una Misión Continental implica asumir la exigencia de llegar sobre todo a las periferias pobres, que hemos descuidado, pero también de acompañar mejor a los laicos que cumplen su misión insertos en todas las estructuras de la sociedad.

Como es posible hacer ante cualquier propuesta del Espíritu, podemos asumirla con ganas y luchar codo a codo con los demás, o bien podemos optar por una experiencia de fe más privatizada y, por lo tanto, menos fecunda

* Vicedecano de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de la Argentina.

1- Para quienes quieran estudiar con mayor profundidad el documento final (que publicamos en nuestra página web), próximamente la editorial San Pablo publicará una guía de lectura con un comentario completo, preparada por este autor.